

medrosa, como si el recuerdo entonces estuviera emergiendo y le dificultara enormemente hablar, respondió que sí, y poco a poco iba diciéndole que en sus pesadillas se veía a sí misma de niña en la tintorería de don Evaristo y encerrada en una lavadora enorme a la que se había metido nomás por jugar y que también nomás por jugar ella misma había cerrado la tapa de grueso cristal y luego ya no la pudo abrir y que sus gritos no fueron escuchados por una coqueta empleada y protegida de su padre que al tiempo que mascaba chicle y miraba una revista, apretaba el botón que hacía funcionar la máquina lavadora.

La narración de Mercedes fue tan vívida que el seco y habitualmente distante Algara le tomó su mano y con palabras cariñosas trató de confortarla. Ella lloró profusamente y se dejó consolar. Después de un rato, el doctor le dijo: “Señora, lo que acaba de vivir demuestra que su psicoanálisis va por buen camino. Sé que ha sido muy duro para usted, pero déjeme decirle que ya estamos sondeando cositas muy enterradas en su inconsciente. Eso vale la pena porque nos anticipa una catarsis liberadora. Sin duda, su personalidad quedará mejor integrada una vez superado ese complejo de Electra que el contenido de su sueño nos permite vislumbrar”.

-¿Y yo qué debo hacer, doctor?

-No se atormenté pensando posibles significados, eso déjeme a mí, el análisis es mi responsabilidad profesional. Usted procure no huir de la experiencia, no evadirla, permítase recrear y sentir la pesadilla todo lo que pueda. Si así lo hace, señora, creo que en la próxima sesión progresaremos muchísimo.

Ya en su casa, Mercedes complacida pensó que la creída de Teté y las demás pacientes del doctor difícilmente podrían expresar en terapia algo tan conmovedor como lo que a ella se le había ocurrido.

Al día siguiente, apenas desayunó procedió a perfilar un plan que la convertiría en la paciente más interesante que había tenido su obeso psicoanalista. Tendría que ensayar para que su próxima actuación resultara aún más convincente y lo iba a hacer de la manera idónea. Recrearía los elementos esenciales del sueño.

Por supuesto, no había una lavadora en su casa en la que pudiera meterse y sería imperdonablemente ridículo acudir para eso a la Tintorería Nazas. Probó a encerrarse en un clóset pero éste no tenía tapa de cristal ni le permitía imaginar la situación descrita en su inventada pesadilla. Se le prendió el foco: iría al almacén de Prados de la Eternidad a meterse en una



Encontró allí estilizados  
ataúdes y la verdad  
los consideró tan bellos  
que pensó que le gustaría  
ser sepultada en uno de ellos

caja mortuoria y lo haría después de las seis de la tarde cuando todo el personal ya se hubiera retirado y sólo estaría Arsenio, el viejo velador que llevaba en ese puesto más que el señor Anguiano como Director General, y que era tan servicial con ella.

A las seis veintidós, en su camioneta llegó al estacionamiento del almacén de la funeraria. Como lo había previsto, esa tarde de viernes sólo encontró allí al anciano velador que regaba el jardín exterior. El viejo apenas vio a la esposa de su patrón se acercó a saludarla. Mercedes le dijo que estaba allí para ver por sí misma

unos ataúdes recién llegados de Canadá cuya calidad el exagerado de su marido le describió con abundantes elogios. Arsenio se apresuró a abrirle, aunque ella misma llevaba un duplicado de las llaves. Una vez adentro pidió al anciano que regresara a sus labores y apenas se quedó sola procedió a examinar las cajas de muerto.

Había ataúdes para todos los gustos y para todos los presupuestos, comprendidos, obviamente, en el rango de ricos a multimillonarios. Los había también para todos los tamaños, lo mismo para bebés recién nacidos que para adultos de anormal corpulencia.

Abrió varios para examinar el interior y cuando arrimaba una silla para poder meterse y acomodarse en uno que le pareció adecuado, la inesperada y cascada voz de Arsenio la interrumpió asustándola: “Señora Meche, éstos no son los ataúdes canadienses; los que usted busca están en el cuarto de aquí juntito”.

Mercedes, tratando de disimular su disgusto, agradeció la aclaración del viejo empleado y le pidió que la dejara sola al menos por una hora, que al cabo si se le llegaba a ofrecer algo le echaría un grito.

Al quedarse de nuevo sola, Mercedes no resistió la curiosidad de ir al cuarto de ‘aquí juntito’ que le había indicado el inoportuno de Arsenio. Encontró allí estilizados ataúdes y la verdad los consideró tan bellos que pensó que le gustaría ser sepultada en uno de ellos. Arrimó la silla al más próximo y se metió en él. Le pareció comodísimo, incluso más que su cama de caro colchón Sealy posturopédico.

Estaba allí para practicar su próxima actuación y tendría la más conmovedora de su vida. Para simular que estaba en la lavadora de tapa cristalina trató de cerrar la carátula de vidrio de la caja mortuoria. Así accionó un dispositivo que provocó el cierre hermético del novedoso ataúd de manufactura canadiense. La pesadilla dejó de ser una mera invención y se convirtió en una genuina experiencia traumática, realista y definitiva. Por ironías del destino, asfixiándose, Mercedes acató la instrucción de su psicoanalista certificado de no huir de la experiencia y de paso quedaría confirmado que ella no requería de un hombre sino de un protector. §